

Iglesia católica y compromiso cívico hoy y aquí

Fernando Fantova. Consultor social.
Carlos García de Andoin. Coordinador Federal de Cristianos Socialistas (PSOE).

*No es bueno
quedarse en la orilla
como el malecón o como el molusco que quiere calcáreamente imitar a la roca.*

*Sino que es puro y sereno arrastrarse en la dicha
de fluir y perderse,
encontrándose en el movimiento con que el gran corazón de los hombres palpita extendido.*

*Como ese que vive ahí, ignoro en qué piso,
y le he visto bajar por unas escaleras
y adentrarse valientemente entre la multitud y perderse.*

Vicente Aleixandre

(Texto publicado bajo el título “Perspectivas para el compromiso cívico desde la fe” en
HERTEL, M. (coord,)(2005): *Compromiso cívico*. Barcelona, Fundación Bertelsmann, pp.
54-61)

Introducción

En marzo de 2006 morían varias personas en un incendio que tuvo lugar en una pensión dedicada a favorecer procesos de integración social en San Francisco, un barrio desfavorecido de Bilbao. Poco después, la asociación responsable de la pensión convocaba a un funeral y una manifestación, actos en los que se expresaría el dolor compartido y, a la vez, se denunciarían las situaciones de exclusión social presentes en nuestra sociedad. Son muchas las reflexiones que pudieron suscitarse en aquellos días pero, participando en el funeral, había una que quizá pueda ser pertinente para dar comienzo a este artículo: muchas de las personas allá presentes, representativas en

buena medida de la intervención social y la lucha ciudadana contra la exclusión social en una determinada ciudad se mostraban claramente, allá, como personas creyentes.

¿Es legítimo considerar su fe cristiana y su pertenencia eclesial como realidades significativas que les han impulsado a emprender y sostener alguna forma de compromiso cívico? ¿En cuántos casos y en qué medida puede considerarse el altruismo solidario como un fruto de la condición cristiana de quienes lo practican? ¿Cuáles han sido, son y van a ser las relaciones entre comunidad cristiana (u otras comunidades religiosas) y compromiso cívico? A preguntas como éstas se nos pide que demos alguna respuesta, desde dentro de la comunidad cristiana, con una perspectiva sociológica y en un texto breve. Vamos a intentarlo, seleccionando algunas perspectivas y reflexiones entre las posibles e, inevitablemente, desechando muchas otras.

El compromiso cívico y su despliegue

No es este el espacio para alargarnos en precisiones conceptuales sobre el compromiso cívico, el altruismo solidario o la acción voluntaria¹ pero cabe decir que, en todo caso, estamos pensando, en primer lugar, en algún tipo de actividad relativamente organizada, estable, estructurada, sostenida. En segundo lugar, entendemos que se trata de una actividad que no se realiza con ánimo de lucro o por una obligación legal o administrativamente establecida. Y, en tercer lugar, nos referimos a una actividad que tiene algún tipo de impacto social de interés general o de mejora en la calidad de vida de determinadas personas o comunidades. Estamos hablando de acciones que proporcionan bienes relacionales y generan ciudadanía societaria². En otros términos, pensamos en actividades que son expresión de la existencia de capital social³ y, a la vez, construyen tejido social.

¿Cuál es la realidad de ese altruismo cívico en nuestro entorno? Analizando la realidad española, Joan Subirats ha afirmado que se echa en falta “una sociedad civil fuerte, es decir, (...) una sólida red de lazos sociales, (...) tradiciones de responsabilidad cívica y (...) pautas de interacción social basadas en la confianza y en la autocapacidad de organización social”. Tendríamos, por tanto, un “déficit crónico de sociedad civil, entendida como consenso social sobre valores civiles compartidos entre grupos sociales y compartidos entre las diversas culturas que se expresan”. En nuestro entorno primaria todavía una pauta adscriptiva (la que permite formar parte de una estructura de

¹ FANTOVA, F. (2005): *Tercer sector e intervención social. Trayectorias y perspectivas de las organizaciones no gubernamentales de acción social*. Madrid, PPC.

² DONATI, P. (1999): *La ciudadanía societaria*. Granada, Universidad de Granada.

³ CORTINA, A. (2000): “El capital social: la riqueza de las naciones” en *El País*, 12 de agosto.

relaciones sociales) “en la que el individuo sólo cuenta en tanto en cuanto forma parte de un entramado básicamente familiar y clientelar del cual depende”⁴. Por otra parte, desde otras perspectivas se ha apuntado que comportamientos y estilos de apoyo y solidaridad de carácter familiar y comunitario propios de los países mediterráneos estarían siendo socavados y sustituidos a nuestro alrededor por patrones egocéntricos e individualistas importados del modelo neoliberal y globalizador⁵.

Sin embargo, pese a las dinámicas y fenómenos de los que nos hablan con penetración Subirats o Moreno, España no parece haber quedado fuera de la que ha sido denominada *revolución asociativa global*, “un fenómeno que ha afectado a todas las sociedades democráticas liberales con economías de mercado avanzadas en las dos últimas décadas del siglo XX, a saber: el crecimiento en progresión geométrica en todos estos países de las asociaciones voluntarias y organizaciones sin ánimo de lucro”⁶. Un fenómeno que se ha analizado como relacionado con el proceso de reestructuración en red del tejido económico, con la crisis del Estado de bienestar y el colapso del socialismo real, con el surgimiento de nuevos riesgos sociales o con la vigencia de valores posmaterialistas⁷.

Podríamos decir que nos encontramos con un sector voluntario descrito a la vez como frágil y como emergente. Un mundo del altruismo solidario sobre el que se proyectan importantes expectativas en términos de democracia participativa, pluralismo del bienestar o regeneración moral. Un sociedad civil organizada, sin embargo, acerca de la que se denuncian riesgos y patologías como la mercantilización, la burocratización o el clientelismo⁸.

Los entornos y las raíces del compromiso cívico

Diversas teorías sociológicas y propuestas políticas democratizadoras se preguntan cómo formar hoy individuos con “hábitos de virtud cívica y buena ciudadanía”⁹, personas que, en palabras de Petit, teórico del republicanismo, tomen como propias y naturales conductas como éstas: “cuando alguien dedica un día entero a limpiar la basura de una playa pública, cuando una mujer presta servicio una noche a la semana en un albergue

⁴ SUBIRATS, J. (ed.) (1999): *¿Existe sociedad civil en España? Responsabilidades colectivas y valores públicos*. Madrid, Fundación Encuentro, pp. 20-27.

⁵ MORENO, L. (2002): “Bienestar mediterráneo y supermujeres” (www.iesam.csic.es).

⁶ PÉREZ-DÍAZ, V. y LÓPEZ NOVO, J.P. (2003): *El tercer sector social en España*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, p. 34.

⁷ INGLEHART, R. (1991): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Madrid, CIS, p. 283.

⁸ GINER, S. y SARASA, S. (1997): “Altruismo cívico y política social” en GINER, S. y SARASA, S. (eds.): *Buen gobierno y política social*. Barcelona, Ariel, p. 223.

⁹ PETTIT, P. (1999): *Republicanism*, Barcelona, Paidós, p. 318.

para mujeres maltratadas, cuando un individuo hace suya una causa como la de los derechos de los reclusos o cuando un maestro se lleva tareas a casa los fines de semana”¹⁰.

En nuestras sociedades complejas y reticulares las organizaciones y movimientos del compromiso cívico y el altruismo solidario pueden surgir y nutrirse en o desde múltiples entornos: las redes familiares, las instituciones educativas, los partidos políticos, las comunidades vecinales, las Iglesias... Del mismo modo, variados pueden ser los acontecimientos o factores desencadenantes de la acción voluntaria y el compromiso cívico: una actuación de los poderes públicos percibida como injusta, una acción educativa o sensibilizadora, un problema o interés compartido, un determinado análisis de la realidad¹¹...

Si analizamos las formas organizativas del compromiso cívico, veremos que en su origen siempre habrá una actividad en la que se ponen en juego unos recursos y unas energías con el fin de desencadenar unos efectos en una parte más cercana o más lejana del cuerpo social del que la organización o el movimiento emerge. En el caso de una asociación, diversas personas se congregan y ponen en común su trabajo voluntario para crear una entidad que esperan les permita obtener unos resultados que no podrían alcanzar sin ella. En el caso de una fundación, vemos unos recursos materiales o económicos que provienen de alguna actividad anteriormente realizada y desean ponerse al servicio de una causa. Y así sucesivamente...

En todos los casos, en el origen, hay un tejido social, unos recursos y capacidades, unos valores que empiezan a interactuar para dar a luz una nueva dinámica un nuevo agente social que va a permitir entregar a la sociedad algo valioso, unos bienes que no podrían aportarse en ausencia de ese nuevo agente social. Sin embargo esas organizaciones no son puro *valor añadido*, sino que, por decirlo así, deben consumir una parte de la energía y los recursos que incorporan para su propio sostenimiento. De ahí que cualquier organización tenga, necesariamente, una dimensión o carácter autorreferencial. Este será, a nuestro juicio, el marco de referencia desde el que evaluar el impacto en términos de compromiso cívico o altruismo solidario de cualquier realidad o entorno: ¿en qué medida mira por su propia reproducción como organización y en qué medida aporta algo a su entorno? Dicho en palabras del Evangelio: “por sus frutos los conoceréis”.

¹⁰ O.c., p. 336.

¹¹ IBARRA, P. (2005): *Manual de sociedad civil y movimientos sociales*. Madrid, Síntesis, pp. 124-127.

El papel del cristianismo en el compromiso cívico

Y ahora: ¿Qué papel ha tenido, tiene y puede tener en el contexto y desde el marco que venimos dibujando la Iglesia Católica o, en general, las comunidades religiosas? ¿Cuáles han sido, son y pueden ser sus frutos en términos de compromiso cívico? ¿Cómo ha sido, es y puede ser la presencia de las y los creyentes en las organizaciones cívicas, voluntarias, solidarias y altruistas? Intentemos, sucintamente, analizar el papel de la religión en formas confesionales o civiles de producción del compromiso ciudadano y el capital social solidario¹².

Entendemos que el cristianismo y en general la creencia religiosa tiene un importante papel en la formación de la *subjetividad de la sociedad* porque hay un estrecho vínculo entre religión y socialidad desde un punto de vista tanto antropológico como sociológico. Así, “según la *Rerum Novarum* y la doctrina social de la Iglesia, la socialidad del hombre no se agota en el Estado, sino que se realiza en diversos grupos intermedios, comenzando por la familia y siguiendo por los grupos económicos, sociales, políticos y culturales, los cuales, como provienen de la misma naturaleza humana, tienen su propia autonomía, sin salirse del ámbito del bien común. Es esto a lo que se ha llamado subjetividad de la sociedad”¹³ La religión en sí misma es un factor de creación y recreación de la socialidad humana. En cuanto tal representa un antídoto de gran valor ante uno de los factores culturales que están operando en el vaciamiento de la cultura democrática, el del individualismo posesivo. Así lo señaló E. Durkheim, cuando en *Las formas elementales de la vida religiosa* afirma que “casi todas las grandes instituciones sociales han nacido de la religión”¹⁴ y que “si la religión ha engendrado todo lo esencial de la sociedad, es porque la idea de la sociedad es el alma de la religión”¹⁵.

En el caso de la tradición bíblica la experiencia religiosa entraña en sí misma una serie de valores antropológicos que hacen especialmente plausible una idea de ciudadanía despierta ante lo público y comprometida con la *polis*¹⁶. El judeo-cristianismo sitúa al individuo en una tradición, religa al individuo concreto con una comunidad humana que tiene una historia compartida, proporciona el sentido de la vinculación con generaciones anteriores y posteriores. Esto implica la socialización en unos valores de integración en un colectivo, el sentido del bien común, la capacidad de sacrificio por las otras personas. Ubica

¹² GINER, S. (2004): “La estructura social de la libertad republicana”, en ANTXUSTEGI, E. (ed.): *Ética y Política*, San Sebastián, UPV-EHU, pp. 58-59.

¹³ Juan Pablo II, *Centesimus Annus*, 1991, nº 13.

¹⁴ DURKHEIM, E. (1993): *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Alianza Editorial, p. 655.

¹⁵ O.c., p. 656.

¹⁶ MARDONES, J.M. (1996): *¿Adónde va la religión?* Santander, Sal Terrae, pp. 132-136.

asimismo la felicidad personal, no en la satisfacción material, sino en la responsabilidad personal para con la vida y el mundo. Así socializa en unos valores de fuerte sentido de la responsabilidad para con las otras personas. Afirma el valor absoluto de la persona humana en su concreción, educando en el respeto a la otra persona, en su carácter inmanipulable y en la igualdad radical de todas las personas porque están hechas a imagen de Dios. En último término el cristianismo educa en la *orientación hacia el mundo* y en la corresponsabilidad social a impulsos de una cultura samaritana de la proximidad basada en un Dios que es amor no ajeno a la historia.

Esta idea ha encontrado evidencias múltiples en la Iglesia a lo largo de 2000 años de historia y recientemente en el hecho de muchas personas creyentes y muchas organizaciones confesionales o de inspiración cristiana, que, a lo largo de la historia, han dado muestras de compromiso cívico y altruismo solidario, aunque esta realización no esté exenta de paradojas e insuficiencias.

En sentido opuesto, en la historia de la Iglesia católica y de otras confesiones podemos encontrar muchas situaciones y muchos momentos en los que se ha operado en contra del compromiso cívico, en los que se ha contribuido a confinar a determinadas personas (singularmente mujeres) a los límites del hogar, en los que se ha colaborado eficazmente con el poder político para intentar mantener a la sociedad civil en esas condiciones que retrataba Subirats y que podríamos denominar de *minoría de edad* o en los que el poder religioso ha confluído con el poder económico con el fin de abortar expresiones de participación social. Particularmente, no cabe descartar que ese menor desarrollo relativo de una sociedad civil como la española del que hablaba Subirats haya estado relacionado, entre otros factores y en determinadas circunstancias, con una determinada visión y presencia de la Iglesia católica en nuestro entorno.

No podemos y, en todo caso, no queremos hacer ahora un juicio global de la contribución de la Iglesia católica o de otras confesiones en el desarrollo del compromiso cívico en nuestro entorno. Tampoco sabemos si tal debate tendría mucho sentido. Lo que sí queremos hacer es intentar dibujar algunos perfiles de la situación que actualmente vivimos, tal como la percibimos y la analizamos con el fin de apuntar algunas pistas de futuro o al menos algunos argumentos para el debate.

Perspectivas para el compromiso cívico desde la fe

Y es que por más que las encuestas nos hablen de una mayoritaria adscripción cristiana y pertenencia eclesial de la población española, creemos que puede hablarse en nuestro

país de una situación de crisis eclesial en el sentido de un cambio brusco de las condiciones en las que se desenvuelve la Iglesia mayoritaria en España, así como de su configuración y su papel en la sociedad. Una Iglesia acostumbrada a la proximidad al poder, a un bienestar económico, a una centralidad social y a una relevancia cultural va viendo como todas esas condiciones se van desdibujando y, a la vez cómo caen en picado las vocaciones sacerdotales, la práctica dominical, la pertenencia parroquial...

En ese contexto no son pocas las reacciones endogámicas y defensivas que creen posible la restauración del estado anterior. Y tampoco escasean las estrategias de acumulación de fuerzas que tienden a acentuar las dinámicas autorreferenciales de las que antes hablábamos, en detrimento de procesos de apertura al mundo exterior y de compromiso con él en un marco de pluralismo religioso y moral. Existen experiencias de Iglesia fecunda que, a la vez, se deja fecundar por el mundo (y, preferencialmente por las y los pobres)¹⁷, en clave de *revelación abierta en la historia*¹⁸. Sin embargo, a la vez, estas experiencias son frecuentemente cortocircuitadas desde una estructura muchas veces impermeable a las mujeres, a los sectores marginales, a las personas laicas, a los pueblos del Sur...

En la clásica dialéctica entre el cultivo y la construcción de espacios propios de carácter eclesial (lo que se ha llamado *cristianismo de presencia*) y la participación de las y los creyentes en espacios sociales no eclesiales (lo que se ha llamado *cristianismo de mediación*)¹⁹ parece producirse cada vez más escisión y distanciamiento. En muchos lugares arrecia el neoconfesionalismo²⁰ y se hace cada vez más difícil tender puentes²¹. Algunos sectores sociales se alejan del compromiso cívico y se refugian en grupos eclesiales en los que parecen encontrar suficiente alimento espiritual y actividad voluntaria. Por otra parte, no pocas personas creyentes comprometidas cívicamente encuentran severas y lógicas dificultades para aceptar al interior de las estructuras eclesiales criterios y formas de funcionamiento que en ningún caso se consideran aceptables en las organizaciones de la sociedad civil.

Existen, sin embargo, interesantes experiencias de vida y trabajo en redes en las que se articulan de manera tanto formal como informal organizaciones eclesiales con otras

¹⁷ VITORIA, J. (1995): *La presencia pública de los cristianos en la sociedad*. Madrid, HOAC, p. 34.

¹⁸ RAHNER, K. (1984): *Curso fundamental sobre la fe*. Barcelona, Herder, p. 521.

¹⁹ GONZÁLEZ-CARVAJAL, L. (1989): *Cristianos de presencia y cristianos de mediación*. Santander, Sal Terrae.

²⁰ GARCÍA ROCA, J. (1987): "Tres síntomas para un diagnóstico de la sociedad española" en *Iglesia Viva*, núm. 128, p. 144.

²¹ JAUREGUI, R. y GARCÍA DE ANDOIN, C. (eds.) (2001): *Tender puentes. PSOE y mundo cristiano*. Bilbao, Desclee de Brower.

extraeclesiales más o menos cercanas²². Funcionamiento en red que permite experimentar diferentes formas jurídicas y grados de vinculación y que hace posible que personas con diversas sensibilidades y carismas encuentren su sitio y su forma de vivir la fe y el compromiso en forma muchas veces de pertenencia o militancia múltiple²³. Por otra parte este tipo de experiencias está permitiendo canalizar y rentabilizar (como pide la parábola de los talentos) el importante patrimonio material, económico, simbólico y moral del que disponen muchas órdenes religiosas, colegios católicos, parroquias, diócesis u otras instituciones eclesiales. No pocos movimientos por la paz, organizaciones no gubernamentales de cooperación al desarrollo, redes de lucha contra la exclusión social, asociaciones vecinales u otros movimientos sociales pueden entenderse en esta clave²⁴.

Tan sólo como ejemplos que escogemos sin ningún afán de exhaustividad o representatividad, podríamos mencionar algunas organizaciones que, de una u otra manera pueden identificarse, en nuestro entorno, como frutos de la Iglesia en el ámbito del compromiso cívico y el altruismo voluntario. Así, podríamos hablar de Cáritas (www.caritas.es) como parte de la Iglesia Católica dedicada a la acción social. O de Alboan (www.alboan.org), organización no gubernamental de desarrollo promovida por los jesuitas. O de Intermon-Oxfam (www.intermonoxfam.org), organización independiente y aconfesional que no podría entenderse sin la influencia en su origen y sostenimiento de sectores cristianos. O Gesto por la Paz (www.gesto.org), movimiento pacifista vasco en cuyo surgimiento tuvieron mucho que ver cristianas y cristianos. O la Fundación Itaka (www.itakaescolapios.org), ejemplo de implicación y protagonismo de laicas y laicos en espacios abiertos por una orden religiosa. O La Posada de los Abrazos (www.laposadadelosabrazos.org), pequeña asociación con mucha gente cristiana que trabaja contra la exclusión social en el barrio de San Francisco de Bilbao...

Hace algún tiempo, en la radio un sacerdote intentaba explicar algo que se hacía en su parroquia y decía “tenemos allá una especie de ONG...”. No deja de resultar paradójico que la Iglesia, una institución milenaria que, por otra parte, ha tenido poco menos que el monopolio de la intervención social altruista en España²⁵ sienta la necesidad de referirse a un artefacto de última hora (la denominada organización no gubernamental) para presentarse o representarse socialmente. Quizá ese sea un símbolo de la actual situación

²² PEREA, J. (2001): *Iglesia y voluntariado social*. Bilbao, Instituto Diocesano de Teología y Pastoral / Desclée de Brower, p. 38

²³ PEREA, J. (1991): *Fieles a la tierra y constructores del Reino. El conflicto de los laicos cristianos*. Bilbao, Instituto Diocesano de Teología y Pastoral/Desclée de Brower, p. 13.

²⁴ GARCÍA DE ANDOIN, C. (1993): “La Iglesia como matriz del tejido social” en *Sal Terrae*, junio, pp. 453-469.

²⁵ ROLDÁN, E. (2001): *¿Hacia un sistema mixto de bienestar social? La evolución de los servicios sociales en España*. Madrid, Complutense, p. 3.

de la Iglesia en relación con el compromiso cívico y el altruismo solidario: una importante hoja de servicios, no exenta de borrones y el reto de reinventarse para seguirse conectando al profundo latido cívico y solidario que late en el fondo de su tradición como en el de todas las grandes tradiciones de la historia de la humanidad. También puede ser signo de una negociación de la identidad a la baja en una sociedad de tolerancia limitada hacia la fe religiosa. Una sociedad laica que a menudo reconoce lo social pero silencia la matriz y la inspiración específicamente religiosa de una importante parte de su altruismo solidario.

www.fantova.net